

Documentos

El respeto individual y el reconocimiento de la diversidad, pilares de la sociedad democrática*

Señor Vartan Gregorian,
Presidente de la Universidad de Brown;

Señoras y señores:

Con enorme aprecio recibo la más alta distinción honorífica del Consejo de la Universidad de Brown, la séptima universidad más antigua de los Estados Unidos. Este centro intelectual abrió sus puertas desde 1764, sin discriminación alguna a estudiantes de los más diversos orígenes y modos de pensar y creer. El respeto individual y el reconocimiento de la diversidad, pilares de la sociedad democrática, han encontrado un campo de desarrollo particularmente fértil en estas aulas.

Por ese espíritu, Brown innova en diversas áreas del saber, desde medicina hasta los programas de estudio por regiones. El Centro de Estudios Latinoamericanos, desde 1983, y el reciente programa de estudios sobre México muestran amplitud de miras y visión al futuro. Es muy satisfactorio constatar que están en marcha programas de intercambio entre esta Universidad e instituciones de educación superior de mi país.

Es una distinción especial el poder dirigirme a esta comunidad en el marco de la Cátedra Ogden. Me honra estar en la tribuna en la que me han precedido jefes de Estado de excepcional experiencia y talento. Han sido voces de nuestro tiempo: voces del cambio que vive nuestra época. Precisamente, del cambio y de nuestro tiempo he venido a hablar. Es la visión de un país: el mío, y de un tiempo: la década de los años noventa.

En mi país soplan hoy, con intensidad, vientos de cambio. Son vientos que anuncian una nueva realidad y una nueva inserción de México en el mundo. Quisiera, en esta oportunidad, reflexionar con ustedes acerca de lo que acontece hoy en México. Es un cambio que comparte con otras naciones animadas a participar en la gran transformación mundial, en la revolución

* Discurso del presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, al recibir el Doctorado *Honoris causa* que le concede la Universidad de Brown; pronunciado en Providence, Rhode Island, el 5 de octubre de 1989.

de los conocimientos y las tecnologías, en los mercados cada vez más competitivos. El propósito es modernizar a México, pero sólo con base en la historia que hemos escrito y en los valores que profesamos. Es un episodio trascendente de una y la misma historia nacional, para fortalecer nuestra identidad y no para debilitarla.

Los años de la posguerra fueron positivos para México. Durante casi 30 años, sin inflación y con estabilidad, la economía mexicana creció a una tasa del 6%. Sin embargo, fuimos acumulando graves rezagos basados en una política de sustitución de importaciones, de falta de ahorro y, finalmente, de déficit público y comercial que fueron cada vez mayores. En la década de los años setenta surgió la inflación, pero también encontramos grandes reservas de petróleo. Las perspectivas prometedoras que existían entonces sobre el mercado petrolero internacional, y que compartían expertos y banqueros en todo el mundo, frente a una más intensa participación estatal en la economía y al mantenimiento de prácticas proteccionistas, estimularon una muy elevada deuda externa.

La caída de los precios del petróleo y de los términos de intercambio, la carga del sobreendeudamiento externo y el incremento de las tasas internacionales de interés marcaron el rostro de la crisis. La inflación amenazaba en convertirse en hiperinflación y el crecimiento fue cero en los últimos siete años. La profundidad de la crisis, insospechada a principios de los años ochenta, lastimó seriamente las perspectivas de vida de toda la población.

La respuesta mexicana ha correspondido al temperamento de luchas pasadas. La decisión del cambio retomó lo que nos ha hecho fuertes ante las adversidades. Solamente el temple de una nación, orgullosa de sus orígenes y decidida a tener un mejor futuro, emprende los cambios tan profundos que México se planteó al inicio de la crisis: modificar sus estructuras económicas, salir al encuentro de los mercados internacionales y de la competencia, dar paso a nuevas articulaciones sociales que alentaran el pluralismo y la diversidad regional para que lo que más importa perdurara. El cambio ha probado sus beneficios y las instituciones de México están más fuertes que antes.

En los últimos meses hemos acelerado el paso con objetivos claros: en lo económico, crecer y consolidar la estabilidad y modernizar la planta productiva; en lo político, modernizar al Estado y ampliar la vida democrática; en el exterior, promover los intereses de México con estricto apego a los principios que han guiado tradicionalmente nuestra conducta. Estas directrices tienen sentido porque aceptamos, como única medida del éxito, la mayor calidad de vida de los mexicanos, comenzando con aquellos que menos tienen. Esta es nuestra manera de fortalecer a la nación.

La política económica se dirigió a abatir la inflación y aliviar la carga de la deuda externa, abrir la economía a la competencia internacional, desregular y promover la inversión privada para liberar recursos estatales que permitan atender mejor las demandas sociales prioritarias. El más poderoso instrumento para combatir la inflación, que en 1987 alcanzó el orden del 200%, fue el Pacto para la Estabilidad y el Crecimiento Económico. Combinó una rígida disciplina presupuestal con el acuerdo de todos los agentes económicos para

asumir responsabilidades en la estabilidad de los precios.

Hoy la inflación mexicana es del 17%, la más baja en los últimos 10 años. La deuda externa pudo ser renegociada con éxito, gracias a que tuvimos los argumentos técnicos y las razones morales para persuadir a nuestros acreedores. El arreglo alcanzado incorpora reducciones de la deuda y su servicio, y el flujo de recursos nuevos sobre una base multianual. Sin duda, el Plan Brady fue la iniciativa política que abrió la posibilidad de una negociación en estos términos. Esperamos que la mayoría de los bancos opten por una reducción de la deuda y su servicio, pero queremos también que algunos de los grandes bancos en los diferentes países escojan reiniciar desde ahora los flujos de financiamiento a México. La menor transferencia de recursos al exterior y los efectos adicionales de la renegociación de la deuda sobre la confianza interna y externa de los inversionistas, nos permiten reiniciar un crecimiento gradual, pero sostenido.

Hemos realizado una apertura comercial sin precedentes. Esta acción unilateral respondió a la necesidad de hacer más eficiente el aparato productivo, introducir un mecanismo más eficaz de ajuste de los precios relativos e incentivar un esfuerzo de iguales proporciones para exportar. La otra cara de la moneda fue una política de desregulación al interior de nuestra economía. La capacidad competitiva, en buena medida, depende de eliminar los costos fijos que implicaba la sobrerregulación y de una mayor libertad en el movimiento de bienes y servicios.

Todas éstas son condiciones necesarias para estimular la modernización de la planta productiva y dirigir el ahorro interno hacia la inversión. También son condiciones para atraer inversión extranjera, complementaria al ahorro nacional. Reglas claras y mayores ámbitos de acción hacen a México hoy un país más atractivo para invertir. La inversión extranjera y la repatriación de capitales, junto con una más dinámica actividad económica privada, está, a la vez, permitiendo la creación, transferencia y adaptación de tecnologías que renuevan y hacen más competitiva a la economía mexicana.

El resultado final se llama crecimiento. Crecer a un ritmo superior al del incremento demográfico. Crecer para generar empleo productivo y responder efectivamente a las demandas y necesidades de la población. Crecer para crear un clima de apoyo y de solidaridad sociales que enfoque toda su energía a eliminar la pobreza y a abrir horizontes más equitativos, con mayores oportunidades para los mexicanos. La modernización que mi gobierno emprende, al ser nacionalista y popular, tiene este fin prioritario. Por eso sabe que el Estado debe transformarse, reconocerse en sus obligaciones profundas y cambiar aceleradamente para satisfacerlas.

Mi generación fue educada en un ambiente en que siempre se asociaba más Estado con más justicia; pero la realidad nos ha demostrado en estos años de crisis que más Estado significó menos capacidad para responder a los reclamos sociales de nuestros compatriotas y más debilidad del propio Estado. Hay 85 millones de habitantes en México y durante mi administración se sumarán 10 millones más. Un Estado más grande no es un Estado más capaz. Un Estado más propietario no es un Estado más justo. Un Estado de mayor tamaño

no necesariamente satisface sus responsabilidades con quien reconoce como su autor y destinatario de su acción: el pueblo.

El reto, aún, es formidable. Yo visito cada semana las colonias populares, las comunidades indígenas, los poblados agrícolas, las zonas más deprimidas del país. El reclamo que recojo es persistente: necesitan agua potable; necesitan vivienda, mejores escuelas, centros de salud, mejor alimentación, un ambiente digno y seguridad para los ciudadanos y sus bienes. El Estado mexicano es originario de un gran movimiento popular: la Revolución de 1910. Lo que se planteó en esa Revolución fue un Estado que tuviera capacidad, al mismo tiempo, de garantizar la soberanía de nuestra nación y de dar justicia a nuestros compatriotas.

La cuestión de la soberanía también está relacionada con la justicia, porque si vamos a proteger a nuestros nacionales frente a la competencia de otras naciones, también hay que preguntarse: ¿a quiénes protegemos al interior de nuestra nación? Un Estado que no es capaz de responder a las demandas sociales fundamentales, incurre en omisiones de justicia y también pone en riesgo su propia soberanía.

Así hemos promovido una profunda reforma del Estado. Si bien la renegociación de la deuda externa nos da recursos adicionales, no nos va a alcanzar para todo. Hemos afrontado dilemas: ¿conviene aplicar recursos para adquirir los 30 o 40 aviones que se necesitan para modernizar la flota propiedad del Estado o para llevar agua potable a cientos de las colonias populares? ¿Conviene canalizar los ocho o diez mil millones de dólares que requiere en los próximos cinco años la indispensable expansión de la compañía telefónica o, con ellos, modernizar el sistema educativo del país?

La decisión que hemos tomado parte de un principio esencial: nuestro compromiso es con la justicia. El Estado mexicano va a canalizar los recursos que la renegociación de la deuda ha liberado para atender las demandas sociales, que ya se reflejaban en el ámbito político, y a promover la generación de empleos. Por eso, hemos decidido vender la compañía de aviación y la compañía telefónica, para que sea el ahorro de los particulares, nacionales y extranjeros, el que permita su indispensable expansión. Por eso, también hemos tenido que cerrar una de las minas de mayor tradición en el país, porque el subsidio que nos exigía era el equivalente a incorporar un millón de hectáreas al riego, que hubiera abatido la importación de alimentos en nuestro país.

No es sólo una cuestión de recursos. Es una cuestión también de plantearse a fondo cuáles son las responsabilidades fundamentales de un Estado moderno. Pensamos que un Estado que no tiene la capacidad para atender las demandas sociales fundamentales de su población, tampoco tiene la fortaleza para participar en la defensa cabal de la soberanía de su nación. Mantenemos la convicción de que al reformar al Estado, adecuándolo a nuestros tiempos, lo facultaremos para atender mejor las demandas de la sociedad. Su fuerza estará en el sustento de una mejor democracia, de un ejercicio responsable y legal de la autoridad, en una más amplia capacidad de conciliar, concertar y promover.

Hemos encontrado una respuesta popular satisfactoria. En nuestras visi-

tas a cada colonia popular la gente no nos pregunta cómo serán los aviones nuevos, sino cómo vamos a dotarla de agua potable y de las escuelas que urgen a sus hijos. Hay sensatez en la población, en el reclamo que nos está haciendo.

Hay un nuevo ánimo social en México, un nuevo optimismo respecto del futuro de la nación. Seguiremos trabajando para consolidarlo. Sabemos que el momento es propicio, pero que el progreso no está asegurado. Debemos estar muy alerta y mantener la política económica dentro del cauce para garantizar la estabilidad de precios, reiniciar el crecimiento y permitir la respuesta a los reclamos de justicia de nuestros compatriotas.

Hace algunos años tuve la magnífica experiencia de vivir como estudiante de posgrado en una universidad de esta región. Fueron años intensos de reflexión y análisis. Hoy, ante la clara conciencia de la responsabilidad política de la Presidencia de México, no existe espacio en el quehacer cotidiano para el experimento, ni para los modelos elaborados desde el cubículo. Sé de la seriedad de los miembros de la comunidad académica de Brown; por eso les pido que, cuando en sus intensos debates reflexionen sobre los cambios que ocurren en mi país, o aquellos que podrán anticiparse o sugerirse, tengan presente que va de por medio la vida de mujeres y hombres, de jóvenes y niños; su destino demanda toda la seriedad, todo el equilibrio, todo el respeto que sea necesario.

La información y el aprendizaje alcanzan en el hombre público su verdadera dimensión en la capacidad de participar comprometidamente con el pueblo para lograr, con toda una nación, un espacio más grande para las libertades; un horizonte más efectivo de oportunidades de trabajo y bienestar; un sueño más de justicia realizado entre los hombres.

La experiencia de México es intransferible. Sin embargo, señala una muestra inequívoca de superación y cambio sustentada en el trabajo y la imaginación. México sale al encuentro del mundo confiado, seguro, decidido. Tenemos un gran orgullo de la nación de que formamos parte. Mi país se renueva institucionalmente, abierto al pluralismo y a la competencia política. Identifica nuevos equilibrios en el diálogo y en el respeto. El espíritu de la democracia inspira la actividad de la nación. Hacia los Estados Unidos, hacia Latinoamérica, hacia Europa o el Pacífico, México desplegará este nuevo ánimo social.

El honor que esta Universidad me ha conferido hoy me emociona y estimula, porque en él veo reflejado el reconocimiento a la calidad humana de los mexicanos durante este episodio de nuestra historia que anticipa, sin lugar a dudas, un tiempo mejor.